

BASICS 10

Amor impersonal: el amor genuino no es amar una persona, sino una presencia

El amor que el ser humano busca existe; es tan perfecto, tan bello, tan infinito y tan curativo como él pueda imaginarlo. Pero no existe donde él quiere encontrarlo. Sólo el reino interior lo puede tener y lo da al final de su búsqueda. Ningún ser humano puede tenerlo a menos que haya entrado previamente en el reino, y entonces sólo a través de todas las limitaciones y aspectos de la consciencia terrenal.

Desde el primer destello momentáneo del alma hasta el descanso final en ella, se nos lleva a aceptar la verdad de que el amor que deseamos y esperamos encontrar fuera de nosotros mismos debe encontrarse dentro de nosotros mismos. El verdadero amor no es amar una persona, sino una presencia. Cuando el amor genuino en su forma más intensa nos abrumba por completo, descubrimos que su forma física es una mera caricatura y que su forma humana es un pálido reflejo. En lugar de tener que rogarle a otra persona sus migajas de afecto, encontraremos una verdadera fuente de amor siempre fluyendo en lo profundo de nuestro corazón y, por lo tanto, siempre disponible para nosotros en su más amplia medida. Este es el único amor que nunca podrá abandonarnos, la única alma gemela que siempre permanecerá con nosotros, la única alma gemela que puede buscar con la absoluta certeza de que es verdaderamente la nuestra.

Aunque en 'La Sabiduría del Yo Superior' hemos afirmado que un amor limitado al círculo restringido del cónyuge, la familia o las amistades carece de sentido filosófico y debe ampliarse, en forma de compasión universal, a toda la humanidad, esto no debe interpretarse erróneamente en el sentido de que ese amor restringido deba abandonarse. Al contrario, debe ocupar el lugar que le corresponde dentro de ese amor más amplio. También hemos escrito en el mismo libro que «amor» es una de las palabras más mal utilizadas por la gente. Ahora podemos añadir que también es una de las palabras más degradadas. ¿Por qué? Porque, muy a menudo, se basa en el puro interés propio y no en el interés de la persona amada, y da solo mientras recibe; porque, no pocas veces, cuanto mayor es el ardor con que comienza, mayor es la antipatía con que termina; y porque con frecuencia confunde el impulso de las glándulas animales con el despertar del afecto humano. El verdadero amor no cambia ni se tambalea porque el ser amado haya cambiado o se haya tambaleado, ni porque las circunstancias físicas en las que nació se hayan vuelto diferentes. No puede ser zarandeado de aquí para allá por los caprichos del destino.

El amor es genuino sólo cuando deja de ser personal y se vuelve impersonal, cuando pasa de lo local a lo universal, llega a su plenitud y alcanza su propia integridad no mezclada ni adulterada.

PB: En el noveno capítulo de "La Sabiduría del Yo Superior" escribí: Porque esta noción del amor es tristemente limitada. Otorgarlo sólo a un cónyuge, a los hijos, los hermanos, o a una persona amada, es otorgarlo en espera de ser correspondido. Con el tiempo, el individuo se da cuenta de que ese dar que espera recibir no es suficiente. El amor no puede detenerse ahí. Busca crecer más allá del círculo restringido de unos pocos amigos y parientes. La vida misma le lleva a trascenderlo. Y esto lo hace, en primer lugar, trascendiendo el atractivo de la lastimosa carne pasajera y, en segundo lugar, transformando el amor en algo más noble y extraordinario: la compasión. En la entrega divina de esta maravillosa cualidad y en su expansión hasta tocar a toda la humanidad, el amor finalmente alcanza su plenitud. >

>Esta última frase puede dar lugar a malentendidos. Ahora veo que el párrafo en el que aparece está incompleto. Porque la compasión es una emoción que siente un ego al considerar la condición de sufrimiento de otro ego. Pero el desarrollo espiritual acaba por elevarse por encima de todas las emociones, con lo cual no quiero decir, por supuesto, por encima de todo sentimiento. El deseo de ayudar a otra persona no debería surgir sólo de la compasión, ni sólo de la aspiración a hacer lo correcto, ni sólo de la satisfacción derivada de practicar la virtud por sí misma. Ciertamente debe surgir de todo esto, pero también debe surgir aún más de la ruptura del propio ego. Cuando éste desaparezca, habrá un sentimiento de unidad con todas las criaturas vivientes. Esta práctica de autoidentificación con ellas es la forma más elevada de amor.

Lo que realmente sucede es un reencuentro con el verdadero "Amado", que no es otro que el Alma del individuo, su Yo superior. Esta es una entidad viviente real, cuya presencia se siente, cuyas palabras se escuchan y cuya belleza despierta todo el amor.

Sentimentalismo: la máscara del amor.

¿Qué quiso decir Jesús cuando instó a sus discípulos a amar al prójimo como a sí mismos? ¿Se refería a la actitud sentimental, emotiva y cordial que enseñan las iglesias? ¿Cómo podría hacerlo cuando, para llegar a ser lo que era, tuvo que odiar y apartarse de esa parte de sí mismo, la parte inferior —es decir, el ego y la naturaleza animal— que es principalmente lo que muestra el prójimo? Si a sus discípulos se les enseñaba a odiar, y no a amar, sus egos, ¿cómo podían entonces amar a la humanidad dominada por el ego en medio de la cual se encontraban? La exhortación «Ama a tu prójimo» ha causado a menudo confusión en la mente de quienes la

oyen o leen, una confusión que obliga a muchos a rechazarla. Y son ellos los que no entienden su significado, sino que lo interpretan erróneamente como «¡Siéntete a gusto con tu prójimo!». El significado correcto de este antiguo mandato ético es: "Practica la compasión en tu comportamiento físico y ejercita la buena voluntad en tu actitud mental hacia tu prójimo". Todo el mundo puede hacer esto aunque no se sienta a gusto con su prójimo. Por lo tanto, este mandato no es totalmente impracticable como algunos creen, sino todo lo contrario. >

>Quien imagine que esto significa desarrollar un estado altamente sentimental y emocional está equivocado, ya que las emociones de ese tipo pueden transformarse fácilmente en su opuesto, el odio, o permanecer tal y como son. Esto no es amor, sino una falsa apariencia del mismo. El sentimentalismo es una mera pretensión de compasión. Se desmorona cuando se ve sometido a tensiones, mientras que la compasión genuina siempre perdurará y nunca se verá anulada por ellas. El verdadero amor hacia el prójimo debe provenir de un nivel superior al emocional, y ese nivel es el intuitivo. Lo que Jesús quería significar era: «Alcanza esa comprensión intuitiva de la única Fuerza Infinita de la que tú y tu prójimo obtenéis vuestras vidas, que te des cuenta de la armonía de intereses y la interdependencia de la existencia que se derivan de este hecho». Lo que Jesús quería decir, y lo único que podía querer decir, quedaba indicado en las últimas palabras de su mandato: «como a ti mismo». El yo que ellos reconocían como verdadero era el yo espiritual, al que debían buscar y amar con todas sus fuerzas, y era este, y no el frágil ego, al que también debían amar en los demás. La cualidad de la compasión puede malinterpretarse fácilmente como mero sentimentalismo o mera emotividad. No es nada de eso. Pueden ser necios y débiles cuando ocultan la verdad sobre sí mismos a los demás, mientras que la compasión verdaderamente espiritual no teme decir la verdad, no teme criticar con el rigor necesario, tiene el valor de señalar los defectos incluso a costa de ofender a quienes prefieren vivir en el autoengaño. La compasión mostrará las deficiencias dentro de sí mismos, que a su vez se reflejan fuera de ellos como un destino maléfico. >

Cuando el iluminado observa a aquellos que sufren los efectos de sus propias emociones descontroladas o de sus propias pasiones y deseos incontrolados, no se hunde con las víctimas en esas emociones, pasiones y deseos, aunque se identifique con ellos. No puede permitir que esos sentimientos entren en su consciencia. Si no rehúye su propio sufrimiento, es poco probable que el iluminado rehuya el sufrimiento de los demás. Por consiguiente, es poco probable que la simpatía emocional que surge en el corazón del ser humano al ver el sufrimiento surja de la misma manera en el corazón del iluminado. Él realmente no se considera separado de ellos. De alguna manera curiosa, tanto ellos como él forman parte de una misma vida. Si no se compadece de sí mismo por sus propios sufrimientos de la manera egoísta y emocional habitual, ¿cómo puede compadecerse de los sufrimientos de los demás de la misma manera? Esto no significa que se vuelva fríamente indiferente hacia ellos. Al contrario, el sentimiento de identificación con su ser más íntimo lo impediría por completo; pero significa que la compasión que surge en él toma una forma diferente, una forma mucho más noble y verdadera porque carece de agitación emocional y reacción egoísta. Él siente con y por los sufrimientos de los demás, pero nunca se permite perderse en ellos; y así como nunca se pierde en el miedo o la ansiedad por sus propios sufrimientos, tampoco puede perderse en esas emociones o en los sufrimientos de los demás. La calma con la que aborda sus propios sufrimientos no puede abandonarse porque se acerque a los sufrimientos de otras personas. Ha comprado esa calma a un alto precio, es demasiado valiosa como para desperdiciarla por nada. Y como la compasión que siente en su corazón no está mezclada con la excitación emocional o el miedo personal, su mente no está ensombrecida por estas excrecencias y es capaz de ver lo que hay que hacer para aliviar a los que sufren mucho mejor de lo que podría ver una mente ensombrecida. No hace alarde de su compasión, pero su ayuda es mucho más eficaz que la de aquellos que sí lo hacen.

Un amor que no es una ayuda: el falso sentimentalismo.

La idea de que la gente corriente puede amarse, tanto a los que nunca ha conocido como a los que conoce día tras día, es un agradable sentimentalismo. Suena bien cuando la pronuncian solemnemente los ministros de la religión ante sus respetuosas congregaciones o cuando la publican como consejo los psicólogos profesionales. Pero, ¿dónde están los individuos que logran seguirlo? Sólo los santos pueden lograr una empatía completa. Para todos los demás, la idea es vaga e irreal, aunque conveniente para utilizarla en las charlas de Navidad.

«El odio no cesa con el odio», declaró el Buda, «solo cesa con el amor compasivo». Este consejo es muy similar al mandato de Jesús de amar a nuestros enemigos. Muchas personas, que desean actuar de forma éticamente correcta y consideran que lo mejor es seguir la ética prescrita por grandes almas como Jesús o el Buda, se sienten confundidas ante esto y se sumergen en el sentimentalismo, bajo la impresión errónea de que están siguiendo estos consejos.

Pocas personas saben lo que significa realmente el amor, porque casi todos lo filtran a través de las pantallas de consideraciones corporales y egoístas. En su estado nativo puro es el primer atributo del Alma Divina y, en consecuencia, es una de las cualidades más importantes que el buscador tiene que cultivar.

No perderá la capacidad de sentir; en esto, seguirá siendo como los demás seres humanos: pero estará libre de falso sentimentalismo y de animalidad degradada.

Debe dar ese amor del que hablaba Jesús. Por tanto, no ha de ser un sentimentalismo desequilibrado, sino una serena autoidentificación con los demás sin salirse del propio centro. Por eso la razón es aquí un control útil. Ante todo, debe amar lo Real, el Yo Superior.

Con demasiada frecuencia, este sentimiento santo y hermoso se deteriora bajo la influencia del ego y se convierte en mero sentimentalismo.

Un sentimentalismo difuso que pasa por sentimiento místico es sólo su falsificación.

La Verdad aplasta toda la falsedad y todo el engaño del sentimentalismo y la emotividad, aunque deja intacto lo que hay de sano en ellos. Pero el ego quiere alimentarse ansiosamente de estas penosas ilusiones.

El sentimentalismo puede debilitar a una persona y hacer que descarrile sus impulsos.

Mucho daño han causado las tonterías pseudo-románticas y las falsas sugerencias difundidas por el cine, las revistas y las novelas.
[Nota: y podríamos añadir hoy "y las redes sociales"]

Sólo una devoción inquebrantable a la Verdad y un ejercicio inquebrantable de la razón pueden disipar estas falsedades del sentimentalismo.

Un sentimentalismo efusivo que se abstiene de decir lo que hay que decir o hacer lo que hay que hacer porque heriría los sentimientos de las personas, es mera debilidad y cobardía, no verdadera compasión.

Es preferible una compasión silenciosa que ayuda en algo a un sentimentalismo voluble que no ayuda en nada.

El aspirante no debe admitir falsos sentimentalismos si busca la Verdad. En consecuencia, no se aplicará a sí mismo en ningún momento la frase "un corazón roto", porque sabe que lo que realmente significa es un ego roto, un apego cortado a alguna cosa externa a la que hay que renunciar si se quiere despejar el camino para la llegada de la Gracia. Sólo cuando no quiere o no puede hacerlo por sí mismo, interviene el Destino, que le toma la palabra en su búsqueda de la Verdad y la Realidad, y rompe los apegos por él. Si acepta el sufrimiento emocional que le sigue y no lo rechaza, puede pasar a una esfera de mayor libertad y progresar a un nivel superior. Su corazón no se rompe arbitraria o caprichosamente, sino sólo allí donde más necesita romperse: allí donde la pasión, el deseo y el apego le atan con más fuerza a la ilusión y al error.

Podemos dañar a los demás y a nosotros mismos practicando un sentimentalismo descuidado en nombre del amor, un humanitarismo equivocado en nombre del servicio.

El sentimentalismo es una enfermedad. Cuanto antes se cure de ella el aspirante, más rápido progresará.

El sentimentalismo no es espiritualidad. Es cierto que con el sentimentalismo damos nuestra buena voluntad a toda la humanidad, y por lo tanto se la damos a las personas que actúan como instrumentos de las fuerzas oscuras. Pero eso no significa debilidad o insensatez en nuestro trato con ellas. La vida les enseñará. Hay que dejarlas en paz.

La mejor manera de ayudar a una persona que tiene problemas es no dejarse arrastrar por sus sentimientos y emociones de sufrimiento. Es suficiente constatarlos en el momento del primer contacto, pero después hay que mantenerse distante para que la verdadera ayuda provenga de una fuente superior. La verdadera ayuda no es sentimentalismo.

Llega el momento de dejar la juventud y convertirse en un adulto responsable, de dejar de lado el blando sentimentalismo y enfrentarse a las duras realidades con las que hay que vivir.

La predicación de Jesús sobre el amor al prójimo como a uno mismo es imposible de seguir en toda su plenitud hasta que uno haya alcanzado la altura en la que habita su verdadero yo. Obedecerla significaría identificarse con el dolor físico y el sufrimiento emocional del prójimo, de modo que se sintieran con la misma intensidad que los propios. Uno no podría soportarlo al entrar en contacto con todo tipo de penas humanas que ensombrecen la vida. Solo se podría soportar cuando se hubiera aplastado su poder para afectar los propios sentimientos y perturbar el propio equilibrio. Por lo tanto, tal amor traería un sufrimiento insostenible. Al identificarse activamente con aquellos que sufren, al llevar la simpatía hacia ellos al extremo, uno se perturba y se debilita. Esto no mejora la capacidad de ayudar al que sufre, sino que la disminuye. Amar a los demás es loable, pero debe ir acompañado de equilibrio y razón, o se perderá inútilmente en el aire. No dejar que su interés por otros asuntos o su simpatía por otras personas le alejen de su equilibrio, de su paz interior, sino detener cualquiera de ellos cuando amenace con agitar su mente o perturbar sus sentimientos, es sabiduría.

Quien piensa, quiere y actúa a la luz de estas verdades y en armonía con ellas, alcanza la bondad libre de mero sentimentalismo, la sabiduría no manchada por la arrogancia intelectual y la fuerza purificada del más bajo egoísmo.

Sentimentalismo neurótico y los complejos emocionales

Debemos reconocer serenamente que el sufrimiento tiene su función asignada en el plan divino, que otras personas tienen lecciones que aprender a través de él cuando no pueden aprender de otra manera, y que el espectáculo de su funcionamiento debe, en tales casos, ser recibido con una comprensión inteligente y no con un sentimentalismo neurótico. Deberíamos afrontar el hecho de que muchas personas no aprenderán por medio de la razón, la intuición o la enseñanza y que nadie puede realmente liberarlas de sus sufrimientos excepto ellas mismas. Cualquier otro tipo de liberación es falsa. Otras pueden lograrla hoy sólo para ver la misma condición retornar mañana. En determinadas situaciones que exigen una dura decisión, por ejemplo, no debemos mostrar una debilidad injustificable creyendo que estamos mostrando tolerancia, ni entregarnos a un determinado egocentrismo pensando que estamos dando amor, ni abandonar nuestros deberes más elevados en aras de promover una paz falsa y superficial con una clara ineptitud interferente, ni aceptar con pasividad un mal flagrante por el mero hecho de que siempre hay que soportar la voluntad de Dios.

Demasiados de estos neuróticos están excesivamente llenos de egoísmo inestable como para que sus complejos emocionales puedan resolverse mediante cualquier otro tratamiento psicológico que no sea un ataque contundente y directo contra estos complejos. Un sentimentalismo blando no hará más que prolongar la vida de tales complejos.

El Amor filosófico

Ministros religiosos y psicólogos bienintencionados nos han dicho que pongamos en práctica las palabras de Jesús: "Ama a tu prójimo". Ahora bien, hay dos maneras diferentes de hacerlo, porque hay dos interpretaciones diferentes de estas palabras: la religiosa y la filosófica. Según la primera, al menos debemos ser amables con nuestro vecino de al lado o, como mucho, abrazarlo y expresarle nuestro afecto de forma efusiva, sentimental e hiperemotiva. Según la segunda interpretación filosófica, debemos entender que toda persona que se cruza en nuestro camino es nuestro prójimo, toda persona con la que estamos en contacto momentáneo o continuo es nuestro prójimo, ya sea en casa o en el trabajo. Es en estos contactos inmediatos donde nacen las irritaciones, se notan las diferencias y aparecen las antipatías. Es mucho más fácil amar a la humanidad en su conjunto o en abstracto que amar a la humanidad en lo individual y en lo concreto. A pesar del impulso instintivo de manifestar irritabilidad, antipatía, cólera, resentimiento o incluso odio contra aquellos con los que entras en contacto, puedes templar tu voluntad y resistir el sentimiento negativo. Si puedes tomar todos estos sentimientos negativos y sublimarlos en comprensión, tolerancia y buena voluntad, basándote en las enseñanzas de la filosofía, estarás realmente amando a tu prójimo en el sentido en que Jesús lo entendía. Entonces verás que ese amor filosófico está muy alejado y es muy superior al hiper emocionalismo que bascula entre caliente y frío.

Los sentimientos religiosos de un filósofo no son menos existentes que los de los aparentemente piadosos; son profundos y delicados: sin embargo, no están afectados por el sentimentalismo.

Quienes no pueden dar el salto y elevarse por encima del amor humano hacia su Yo Superior (con su impersonalidad e inmaterialidad) pueden seguir obteniendo felicidad de él. Pero las limitaciones estarán ahí, inexorables, invencibles, del tiempo y del cuerpo, de la relatividad y del cambio.

Podemos dividir convenientemente estas diferentes clasificaciones del amor en amor físico-animal, amor emocional-mental y Amor impersonal-espiritual.

¿Amar a los enemigos?

La indignación noble y el resentimiento justo están en un nivel inmensamente más alto que la indignación groseramente egoísta y el resentimiento codicioso. Pero en el caso del discípulo, para quien la escala de valores morales se extiende más allá que para la "buena persona", incluso ellos deben ser abandonados por la serenidad imperturbable y la buena voluntad universal. A los definitivamente malvados y a los malvadamente obsesionados no necesita darles su amor. Pero debe perdonarles a ellos y a todos los que le hacen daño, tanto por su propio bien como por el de ellos. Todo pensamiento de resentimiento por la acción de otro contra él, todo estado de ánimo de amargura por la negativa del otro a hacer algo que él desea que haga, es una cruda manifestación de egoísmo en la que, como discípulo, no puede complacerse sin dañarse a sí mismo y obstaculizar un cambio favorable en la actitud de la otra persona hacia él. El individuo que arde de odio contra un enemigo está, con el combustible de sus propios pensamientos, manteniendo vivo el fuego del odio mutuo del otro individuo. Que recuerde, en cambio, aquellos momentos gloriosos en que el yo más elevado tocó su corazón. En esos momentos todo lo que había de noble en él se desbordaba. Los enemigos eran perdonados, los agravios olvidados y la escena humana contemplada a través del espectáculo de la ternura y la generosidad. Sólo con un giro psicológico semejante hacia la buena voluntad y el perdón abrirá la primera puerta a la disolución del sentimiento de su enemigo.

Si uno quiere mantener su paz interior imperturbable, debe vivir por encima del nivel de aquellos que no la tienen. Esto solo se puede lograr si se obedecen las instrucciones prácticas de Jesús y Buda, solo si se mantienen fuera del sistema emocional todos los sentimientos negativos como el resentimiento, la amargura, el espíritu pendenciero, los celos, el rencor y la venganza. Es

imprescindible superar estas emociones inferiores si quiere que la calma filosófica sea la realidad suprema y la sabiduría filosófica el factor rector de su vida. Cuando otros seres humanos le muestren su enemistad y mezquindad, debe responder con indiferencia y generosidad. Cuando atacan infundadamente su carácter o calumnian envidiosamente su trabajo, debe abstenerse de sentir rencor y no permitir que le hagan perder su buena voluntad. No debe sucumbir a la tentación humana de responder de la misma manera. Porque está comprometido en un ascenso sagrado, y sucumbir sería retroceder gravemente. De hecho, a partir de las acciones viles de los demás, puede hacer brotar reacciones nobles que le ayuden en su ascenso.

¿Por qué dejar que el resentimiento le arrastre al mismo error que sus enemigos? Al contrario, éstos le ofrecen la oportunidad de negar su ego, exaltar su perspectiva ética y desplazar su centro de gravedad emocional del polo negativo al positivo. Que los considere sus tutores, incluso sus benefactores. Que tome estos episodios como oportunidades para hacer el trabajo necesario sobre sí mismo y para negarse a identificarse con las emociones negativas. Que los aproveche para instruirse en el presente y orientarse en el futuro. De este modo, sale de su ego personal y se *niega a sí mismo*, como le pide Jesús.

La compasión genuina

Algunos estudiantes han expresado su desacuerdo con mi uso del término “compasión” al describir la cualidad social más elevada del ser humano iluminado. Creen que el término común “amor” sería más correcto. Ahora bien, uno de los términos fundamentales del Nuevo Testamento es, en el griego original, “ágape”, que siempre se traduce como “amor”. Pero esta traducción resulta insuficiente porque el amor del ser humano puede estar motivado por el interés egoísta, mientras que “ágape” tiene la implicación definitiva de amor desinteresado, o mejor, abnegado. Y la única palabra inglesa que puedo encontrar para expresar esta idea es la que he usado, es decir, “compasión”. Si desecháramos sus asociaciones egoístas, sentimentales o sensuales, la palabra “amor” sería suficiente para expresar esta actitud, pero debido a que estas asociaciones incrustan densamente su significado, es mejor usar la palabra “compasión”. La compasión a la que nos referimos no es una actitud condescendiente en el sentido negativo del término para referirse a una amabilidad forzada que nace del sentimiento de superioridad hacia los demás, sino la que tiende la mano por un sentimiento innato de compasión genuina hacia ellos, es decir, aquella que se pone en el lugar de los demás y experimenta intelectualmente la vida desde su punto de vista.